

## CENTRO JURIDICO

Presidente: Francisco Echeverri Escobar.  
Vicepresidente: José Restrepo Restrepo.  
Secretario: Pedro Nel Gómez.  
Director de la Revista: Bernardo Echeverri V.  
Bibliotecario: Jorge Moreno Ortiz.

### Comisión Fiscalizadora:

Arturo Botero Escobar  
Osías Lozano Quintana  
Jaime Restrepo Moreno

### Socios:

Alzate Gilberto  
Bernal Vicente  
Betancourt Arturo  
Campillo Jorge  
Cock Julián  
Chaves Francisco  
Echeverri Bernardo  
Echeverri Francisco  
Echeverri Luis G.  
Gallo José  
Gómez Francisco E.  
Gómez Pedro Nel  
Londoño Joaquín  
López Justo  
Lozano Osías  
Madrid José María  
Moreno Jorge  
Naranjo Jesús  
Patiño Gustavo  
Restrepo Alfonso  
Restrepo Jaime  
Restrepo José

## INTRODUCCION

### COMENTARIOS SOBRE LUIS EDUARDO VILLEGAS

En testimonio de admiración afectuosa, el comentador los dedica modestamente a los doctores Silvio Villegas y Julio César García, periodistas y amigos, a quienes adeuda muchas benevolencias.

Nuestro intento no se dilata hasta hacer un boceto biográfico de Luis Eduardo Villegas. La biografía se complica ahora en posibilidades. No es ya un paciente esfuerzo por acumular fechas, sitios y nombres para que se desenvuelvan en torno como un ovillo el personaje historiado, ni es un relato inánime, sin vértebras, desprovisto de emoción. En los actuales procedimientos se interpreta el efímero episodio de una vida, explicándola como una totalidad integrada de influencias disímiles. Por eso el biógrafo ha de embutirse dentro de su héroe, desplazarse con él, asistir a todas sus peripecias vitales. Así la ilustre figura se reanima y abandona su sudario de gloria para transitar de nuevo las arduas rutas de la tierra.

Antaño era la biografía un refugio para eruditos friolentos, sin imaginación, que frecuentaban sus confines con ánimo de funcionarios de estadística en vísperas de rendir informe. Siempre nos representaremos el viejo escudriñador de vidas como un garabato humano que acopia datos durante laboriosas veladas, inmerso en gavillas de códices, mientras la lámpara amiga vuelca en torno sus mieles difusas. Plutarco no tuvo descendencia legítima,

Sus sucesores inmediatos fueron bastardos de la estirpe. Incapaces de evadirse del hecho inmóvil o dotarlo de sugestiones, estaba ausente de ellos ese entusiasmo del hombre de Quero-nea, que se complacía en perfeccionar sus varonés ejemplares, eliminando deficiencias por encima de la realidad histórica.

Así como Maurois comenta necesariamente las instituciones inglesas en el período victoriano a través de la vida lograda y episódica de Benjamín Disraeli, quien haya de biografíar a Luis Eduardo Villegas discurrirá sobre una edad colombiana, porque en él concurren todos los contornos espirituales de su generación. Le correspondió a ella declinar sobre los umbrales del nuevo siglo, cuando aún estaban iluminadas las colinas de la patria por los rescoldos épicos del vivac. Eran los tiempos en que se acudía al rifle elocuente para resolver eficazmente conflictos de ideas. Sobre ellos se han disparado anatemas apresurados y violentos. Pero nuestras guerras civiles, más que espectáculos bárbaros, fueron gimnasias de pueblo joven, primitivo, adánico. Los colombianos obedecían a obscuras fuerzas históricas, nó a un odio estéril, siendo el individuo superado para dar paso al conjunto. Hombres desmesurados, efusivos, demasiado patéticos, se atropellaban, iban dando tumbos, con fe en la eficacia de morir. Su amor a la patria los inducía a sacrificarla. Mas hay que enarbolar la afirmación de que tales emergencias no significaron sólo una anónima supresión de seres. En la cruenta vendimia se obtuvo la unidad, el país homogéneo, pues al marchar por todos los meridianos, las tropas molían malezas vegetales, rasguñaban selvas, trabajando así nuevos caminos para cubrir distancias geográficas y otras distancias entre las provincias reclusas.

Los contemporáneos de Luis Eduardo Vi-

llegas fueron leales a sus circunstancias. Aunque presentes en la escaramuza bélica bajo las sollicitaciones románticas de la libertad y el derecho, confiaron siempre en edificar sobre compactos terraplenes jurídicos la república, poco a poco incubada en el vientre de esa violencia que fertiliza la perpetua inquietud de su historia. Empujada por móviles de inteligencia y de conciencia, su generación quiso realizar una patria tal como la concebía y la amaba, prolongándose en ella la influencia socrática de sus maestros, que lo fueron Francisco Javier Zaldúa y Santiago Pérez, Manuel María Mallarino y Mariano Ospina Rodríguez, Ezequiel Rojas y Manuel Murillo Toro, Pedro Justo Berrío y Rufino José Cuervo.

Hacia las postrimerías de 1848 nació Luis Eduardo Villegas en Abejorral, tierra buena para la cosecha humana. Radicada su familia en Manizales, que era entonces una incipiente fundación, vino Villegas a estudiar al instituto que pronto se denominaría Universidad de Antioquia, bajo el rectorado patricio de Román de Hoyos. Después de que puso allí en descubierta altos atributos de entendimiento y de carácter, fué a Bogotá con el propósito de concluir estudios de jurisprudencia en el Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario. Una vez realizado excelentemente este menester, Villegas se reintegró a su paisaje de montañas enfáticas, incorporándose a poco en la acción política. Tuvo éxito. Su fuerza residía en las cualidades oratorias, fortificadas por un ejercicio asiduo. Triunfaban entonces las ampliaciones de la elocuencia tribunicia. El verbo magníficamente desatado como una cabellera bárbara, los ademanes vehementes, rendían el corazón múltiple y voluble de la muchedumbre. Hasta las melenas excesivas de los oradores complementaban la función retórica, siendo u-

tilizadas por ellos para subrayar el patetismo de sus arengas. La iniciación de Villegas se nutrió de estas influencias. El adolescente físicamente gallardo se solidariza con la exuberancia de la época, llena hasta los bordes de romanticismo. Sin embargo, daba a la expresión orden, claridad, disciplina, valorizándola con lujos de actitud, con elegancias sabias. En los mismos períodos desbocados su pensamiento cabalga íntegro y continuo, sin que la abundancia de artificios retóricos le embaracen la carrera diestra.

Como resultado de sus actividades políticas, Villegas hubo de legislar en asambleas y congresos. Siendo en 1885 secretario de Luciano Restrepo, le correspondió firmar la capitulación que puso término al gobierno liberal en la provincia. Los copartidarios exasperados amotinaron contra él su hidrofobia, le ladraron todos los vilipendios. Fué entonces cuando emigró hacia climas espirituales más benignos, triste de experiencia, ávido de olvido, soportando a cuestras responsabilidades que no eran suyas. Contraído así al ejercicio de su profesión, logró todas las preeminencias forenses. En 1910 fué electo para la magistratura de la Corte Suprema de Justicia, donde permaneció cinco años hasta que Dios le descendió su llamada.

Las prácticas de la política, que es exasperación y pasión, estropearon dolorosamente su noble corazón sin pliegues. Pronto sintió la melancolía de sus vanidades, comprendiendo que había equivocado la ruta, que era un hombre en fuga de sí mismo. Pero en vez de recluirse en la excelsitud huraña del recinto interior, regresó a su oficio que entendía sacerdotalmente. Lejos del vano estrépito, dándose a una tarea útil, laboriosa y magnánima, obtuvo las mayores exaltaciones. Se equivocaba Disraeli en su adolescencia alborotada al afirmar que para

ser gran legista era preciso renunciar a ser gran hombre.

Villegas fué uno de nuestros más esclarecidos juriconsultos por sus conocimientos, por su inteligencia, por su carácter. El criterio suyo derramaba un egregio fluído para fertilizar la ley escrita. A la confusión de los códigos opuso siempre su claridad interior, porque mantenía el espíritu iluminado como el templo donde un bosque místico de lámparas arde inmóvilmente.

En la defensa de procesados alcanzó todas las virtudes de concepto y estilo. Se emocionaba, le oprimían los dolores ajenos, pues tuvo de la justicia un sentido piadoso y elemente. Interpretando los móviles de las acciones humanas, esos sentimientos oscuros que no saben expresarse, al hombre perdido en su laberinto anímico, adquiere la plenitud de su expresión y de su fuerza.

Los ricos alambres literarios, que prestan gracia al cuerpo perfecto del raciocinio, seducían singularmente a Luis Eduardo Villegas, que era un virtuoso del lenguaje hasta en la conversación familiar. Sospechaba de toda idea vestida con harapos, recordando acaso que para los griegos, según observa Cournot, una misma palabra significa lenguaje y razón. Villegas hubiera sido sin duda un feliz hallazgo para aquel alejandrino de Francia que dijo que el estilo era el hombre. A través de su manera de escribir y de hablar puede penetrarse fácilmente en él y en su época.

El comercio asiduo con las letras dotó a Luis Eduardo Villegas de una métrica de la prosa, que la regulaba en concordancia con el valor rítmico, la disposición y cantidad de los períodos. Poco prolija, no tiene blanduras ni reposos que turben el ímpetu elástico. Sin embargo, no se desvincula totalmente de esa ma-

nera castellana, de contornos hinchados como senos, dentro de la cual el pensamiento marcha con holgura. Se diría que al iniciar una cláusula se retrocede un poco hacia la cláusula anterior para tomar impulso. Hecha para ser comprendida inmediatamente, de coordinación minuciosa, no permite que intervenga activamente el lector mediante deliberadas elipsis, tal como ocurre en el nuevo procedimiento estilístico, donde el camino más corto para ir de un pensamiento a otro se mide con elásticos brinco. Aunque sin tanta dignidad y lógica, preferimos nuestro estilo contemporáneo, disperso y roto, a ese estilo castizo, solemne, matronal, que se adelanta con la calma mecida de una litera, cuando va el automóvil que denuncia la obsesión del itinerario, pone en fuga los horizontes.

Pero a Luis Eduardo Villegas no hay que buscarlo en una sola actividad sino en actividades diversas, aunque fundamentalmente análogas. La cualidad de miembro correspondiente de la Academia Colombiana de la Lengua no sólo hacía mérito de su esmerado cultivo literario, pues no eran de olvidarse sus investigaciones filológicas, las que tuvo en harto aprecio Rufino José Cuervo, archivero del idioma.

También confió Villegas en la eficacia de trabajar las almas. Si bien su enseñanza se estira a lo largo de su vida, a manera de un libro móvil que habla y anda, el profesorado como tal lo ejerció desde la cátedra de Economía Política y posiblemente desde otras.

Cultivó la conversación, que es función superior del hombre, según testimonios veraces de Baltasar Gracián. En la buena disipación de las alegrías domésticas, se daba a la plática amable, cautivadora, rica, acompañada de lentos ademanes hidalgos.

Ser caballero es ir bien vestido por dentro.

Villegas lo fué. Entendimiento y corazón hospitalarios, señor en la amistad y en la vida, largo en generosidades, era un personaje de Emerson, para quien el mundo se asienta sobre la veracidad de los hombres buenos. En súbito proceso de síntesis mental, cierta ocasión nos dijo Miguel Moreno Jaramillo, condensando su entusiasmo adicto: "Luis Eduardo Villegas resistía la intimidad..." Es una frase pródiga en sugerencias. Para resistir la intimidad se necesitan caudalosos bienes de espíritu, ser intrínsecamente rico. El grande hombre nos resulta inferior a sí mismo. Como no opera siempre en tono mayor, exterioriza con frecuencia su estructura humanísima, hecha de los mismos limos oscuros de la tierra.

Ya poco se sabe de quien expandió sobre los demás una influencia benéfica, ejerciendo suavemente ese imperialismo que en los individuos significa sólo una dilatación espontánea de sus potencias. Con Luis Eduardo Villegas ha sido ingrata la posteridad. Desde que sus ojos se resignaron a la sombra, todo se ha ido opacando en torno suyo. Sin embargo, en fervorosa actitud discipular, Miguel Moreno Jaramillo hizo de la copiosa obra dispersa del maestro una miscelánea, que no obstante el empequeñecimiento extensivo, basta para que su nombre alcance mayor longitud temporal en la memoria breve de las gentes.

Hombres de la estatura de Luis Eduardo Villegas dejan al caer un hueco de excesivo volumen en los grupos humanos. Tales desapariciones bastan para empequeñecer una época, hubo de escribir emocionadamente el latinísimo Barrés en noble prosa elegíaca.

Medellín, julio de 1930.

Gilberto Alzate Avendaño